

LORENZO OLIVÁN, *Nocturno casi*, Barcelona, Tusquets, colección Nuevos Textos Sagrados, 2014, 125 págs.

Nocturno casi, del cántabro Lorenzo Oliván (Castro Urdiales, 1968) es un libro deslumbrante y pleno de un poeta que vive su madurez expresiva. Consta de cincuenta poemas, lo cual indica el extraordinario proceso creativo. En la ya firme trayectoria de Lorenzo Oliván se adivinaba la solidez de libros como este, ricos de signos propios y de una propuesta formal que viene a consolidar no su propia poética en el panorama siempre magmático de la poesía española actual, sino a poner una piedra de toque más, a modo de referencia, en una voz ineludible.

Estructurado en tres partes, a saber: “I. Ardua trama”, “II. Tocar extremos”, y “III. Visión nocturna”, el poemario va decantándose desde la relación interior/exterior para desmadejarnos una poesía reflexiva, “honda” en palabras del propio autor en el texto final: “Lo hondo” (pp. 123-124). El poeta elude a Dios para ceñirse a la interioridad, a la percepción y a los sentidos, a todo aquello que se escapa de la superficie de las cosas, de lo que apreciamos con facilidad. O anteriormente también nos ilustraría “Hondura de las sombras” (p. 81). El mundo es una “trama” siempre en función de nosotros mismos, verdaderos personajes de los poemas y la vida, a pesar de que muchas veces no comprendamos o sepamos entender lo que nos pasa, por su complejidad. Hay que ir hacia el misterio de la vida, que a veces también se muestra como lo difícil. “Todo ha de ser arcano irreductible”, dice en “Extraño” (p. 119), y sin duda que esa podría ser la brújula para leer *Nocturno casi*, ya que nos guía por el camino de lo desconocido, y en ese camino vamos profundizando. La “Rosa de los vientos” cumple también una función de señal: “ebria y quieta / libre y presa a la vez / de todos los contrarios.” (pp. 113-114). Partimos desde el vacío regido por la dialéctica presencia/ausencia, como en “Tabla rasa” (pp. 55-56), un vacío que busca cierta “Unidad” (pp. 63-64) (aunque sea amatoria, física), quizá perdida y que nunca más se podrá recuperar, si bien la sensación de la serie de poemas de “El viaje” (pp. 75-79) se convierte en el más efectivo eje de *Nocturno casi*: la vida como viaje, lo real que busca el vacío —atracción del abismo— “Sin épica. / Sin fe.” (p. 76).

En “Azul luz irreal” (pp. 41-42) se va acumulando el campo semántico de la dificultad: “forcejeo”, “roto”, “mordaza”, “tensa”, etc. La voz poética pone en duda la alternancia día/noche, subsumido por un

momento de luminosidad interior, descubrimiento y apertura (“Lo abierto y lo cerrado”, formula en la p. 47) hacia la sensorialidad lumínica y cromática: “Casi dudo que pueda anochecer.” (ibíd.). Y en esta visión sublimada el poeta se desvela: “Tan tensa espera quema el corazón.” (ibíd.). La noche cae al final del poema como telón de fondo de una experiencia vital que ha marcado al autor y al lector. O en “La noche a tientas” (p. 73-74) cuando nos dice en su estrofa final: “No te escapes aún a luz más fácil, / siente algo más la fiebre de otro ser, / da un nuevo paso en tanta noche a tientas, / arriésgate a intuir / la raíz que te hizo / —tan frágil— vertical, / la razón por hacer / del primer hombre” (p. 74). Una suerte de imperativo cognitivo nos interpela desde estos poemas, desde la inconformidad, la rebeldía y el pensamiento que huyen de lo fácil, si bien no se trata de una poesía difícil sino de una poesía que aborda asuntos complejos, consciente de que el acercamiento que ella emprende hacia las cosas es el más auténtico de todos los acercamientos, configurados de lenguaje como estamos. De hecho no son pocos los momentos de la cotidianidad que se reflejan en este libro, y que aportan el contrapunto a esa hondura de la que hablamos. Pero en vez de “auténtico” mejor sería decir incierto y preciso, ya que los versos son como flechas cognoscitivas: “Multiplica, incesante, / tu lengua, tu palabra / y las convierte en flechas / inciertas y precisas / —precisas por inciertas—.” (p. 117, de “Las virtudes del fuego”).

Leer *Nocturno casi* es una experiencia vital en este sentido. Si la poesía se aleja como ningún otro género de la literatura, y su capacidad por crear la distingue, por ser lenguaje de vanguardia, innovación metafórica, simbolización, búsqueda e investigación de nuevas estructuras verbales, exploración de terrenos lingüísticos desconocidos, y superación de lastres semánticos ya manidos o encorsetados, este libro de poemas que comentamos responde a este paradigma sin ambages. Desde su título, “Anclaje” (p. 43) es un signo aferrado al conocimiento, una racionalización de lo que está en continuo movimiento. Y así podríamos citar otros muchos textos, casi al azar como “Serpiente” (pp. 69-70), “Estatua interna” (p. 109) o “El imán más negro” (p. 111). No se plantea una simbolización sino una creación racionalista. La indagación que supone este proceso nos presenta una estructura de pensamiento al servicio de la imagen poética en un trasvase que puede decantarse en el amplio abanico de las figuras retóricas. Un sedimento fenomenológico sirve para explicar estos procedimientos, pues esta poesía busca el centro de las cosas —si es

que existe en la sucesión de “origen, orden, caos” (p. 111)— en muchos versos: “tendremos que llegar al hueso de las cosas, / al eje de las cosas, / al nudo de las cosas” (p. 43), pero con la prevención de no frecuentar una retórica manida o anquilosada, sino de un lenguaje dinámico y en fuga, como en “Raíz y huida”: “Así que si alguien piensa / algún día en la imagen de mi cara / que mire al ciervo y su tensión difícil, / que atrapa en su perfil raíz y huida.” (p. 21). Se trata de una herencia fenomenológica, pero no metafísica: el poeta se acerca a la abstracción con sabiduría, y el homenaje a Rothko en “Mark Rothko contempla el horizonte en uno de sus cuadros” (p. 83) nos explica esta herencia, el bagaje teórico y las aspiraciones interdisciplinarias, con sus perfiles cognitivos, evitando resabios trascendentes. “Preguntas” ilustraría este afán del poeta no por encontrar respuestas sino por generar preguntas, transido por la curiosidad de buscar. Más que el centro busca el adentro.

En el fondo —lo hondo, queremos decir— se pone en cuestionamiento de nuevo la relación de nuestra subjetividad con el mundo. No que el mundo exista, sino cómo lo percibimos. En “Cuerpos I” (pp. 101-102) y “Cuerpos II” (pp. 103-104) se alude a la relación dialéctica de la materia “vestida/desnuda”, que es una manera de acercarse a la poesía pura y de intentar llegar esa esencialidad a la que nunca se aspira desde la razón. Su comprensión sólo se realiza desde la comunión con el “íntimo temblor”, esto es, lo que se escapa a la razón. Que exista o no la desnudez es lo de menos. Lo importante es pensar — que el individuo se lo crea— que se ha llegado a ella. La “réplica”, además, no puede decirse más que desde la propia carne, a sabiendas de que lo que se pone en juego cuando dos cuerpos se encuentran no es más que un límite que se quiere traspasar, y esos cuerpos adquieren reverberaciones orgásmicas en su capacidad por salirse de sí y fundirse con el cosmos o la energía del universo. Emanciparse de sí mismos.

Esta particular mirada de Lorenzo Oliván se enmarca en una poesía *que no fuera del semblante* en la que el referente está esbozado y configurado como un “Hilo de nadie” (pp. 121-122), poema fundamental, ya casi al final, que aborda esta visión de paralaje de nuestro autor y esta poética, y con lo que debemos concluir nuestra apresurada lectura. En suma, *Nocturno casi* es un poemario intenso y lleno de grandes momentos, un “Festín de sombras” (pp. 37-38) al que invitamos vivamente al lector.

JUAN CARLOS ABRIL
Universidad de Granada